

EL VIAJE POSREVOLUCIONARIO DE EMILIANO ZAPATA EN LA NOVELA *EMILIANO* DE ALEJANDRO IÑIGO *

UDC 821.134.2(72).09-31 Inigo A.

Svetlana Stevanović

Universidad de Kragujevac, Facultad de Filología y Artes, Serbia

Resumen. *En el trabajo analizamos el viaje físico y cognitivo de Emiliano Zapata en la novela Emiliano de Alejandro Iñigo. Indicamos que Iñigo emplea las técnicas de la nueva novela histórica y ficcionaliza a Zapata con la intención de construir una versión alternativa de su vida basándose en los rumores según los cuales Emiliano no murió en el año 1919 sino que cambió de identidad y huyó a las montañas, encontrando la salvación en un pueblo indio. Sin embargo, después de varios años, Zapata vuelve a su natal Morelos. La experiencia adquirida durante el tiempo transcurrido entre los indios le permite vislumbrar su tierra desde la perspectiva de un extranjero cuya mirada es imparcial. Emiliano se da cuenta de que sus compatriotas traicionaron sus ideales aprovechándose de su renombre para enriquecerse, en vez de ayudar a los campesinos. Decepcionado y traicionado, emprende un nuevo viaje, a la Ciudad de México. Este viaje le confirma que los marginados siguen viviendo en extrema pobreza. Consciente de la imposibilidad de ayudarles, Zapata regresa a Morelos donde muere vencido por la carga de culpa que sentía. El conocimiento adquirido durante los viajes conduce a su deterioro completo que refleja el deterioro del México posrevolucionario.*

Palabras clave: *Alejandro Iñigo, Emiliano, Emiliano Zapata, viaje, México.*

1. INTRODUCCIÓN

La novela *Emiliano*, escrita por Alejandro Iñigo, un escritor mexicano poco conocido al público más amplio, fue publicada en el año 1979. Los años setenta en México fueron marcados por una profunda crisis político-social y económica. En este periodo, dice Parra Sánchez (2019, 138), los mexicanos se enfrentaron con los problemas de la enorme

Submitted September 1, 2023; Accepted September 25, 2023

Corresponding author: Svetlana Stevanović

Universidad de Kragujevac

E-mail: svetlana.stevanovic@filum.kg.ac.rs

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Ciencia, Desarrollo Tecnológico e Innovaciones de la República de Serbia (contrato número 451-03-47/2023-01/ 200198 de financiamiento de la investigación científica).

«recesión económica debido a factores como la inflación descontrolada, la enorme depreciación del peso o la disminución de la inversión privada». A esto se añaden los problemas con la deuda internacional, el desempleo y «una brecha insalvable entre las clases acomodadas y las masas, marginadas y excluidas de la sociedad» (Luesakul 2012, 47). Al mismo tiempo, cabe destacar que, en este periodo, la violencia ejercida por el Estado llega a su máximo. A este respecto, indicamos que a finales de los años sesenta, concretamente en el año 1968, en México ocurrió uno de los acontecimientos más trágicos de la historia contemporánea de este país: la masacre de Tlatelolco, una terrible matanza de los estudiantes que protestaban contra el régimen del presidente Gustavo Díaz Ordaz y el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Roger Bartra (2013), un sociólogo y antropólogo mexicano, dice que aquel año se cayó la máscara de aparente estabilidad y tolerancia, quedando al descubierto el fracaso de los gobiernos posrevolucionarios.

La represión estatal, la dictadura, la violencia y la insatisfacción popular marcaron las últimas décadas del siglo XX, no solamente en México, sino también en varios países hispanoamericanos. Por lo tanto, los problemas a los que se enfrentaba la sociedad incitaron a los escritores hispanoamericanos a investigar las causas que provocaron el descontento popular. En tales circunstancias surge una serie de obras, conocidas bajo el membrete de la nueva novela histórica, cuyos escritores tienden a indagar en el pasado nacional de sus países con la intención de buscar las raíces de los problemas actuales. Estos escritores, señala Luesakul (2012, 48), consideran que «los hechos pretéritos, de alguna manera, pueden dar respuestas a los acontecimientos actuales». Lo mismo piensa Fernando Aínsa (1991, 18), quien destaca que «en estas obras se trata de dar sentido y coherencia a la actualidad desde una visión crítica del pasado. La historia se relee en función de las necesidades del presente.» En la novela *Emiliano*, Alejandro Iñigo revisa una de las etapas más emblemáticas de la historia mexicana, la Revolución Mexicana, analizando sus resultados y entrelazándolos con la situación paupérrima en la que se encontraba México en los años setenta del siglo pasado. Esto lo hace poniendo en el centro de su atención la vida de uno de los símbolos de la Revolución Mexicana: Emiliano Zapata.

2. EL VIAJE POSREVOLUCIONARIO DE EMILIANO ZAPATA EN LA NOVELA *EMILIANO* DE ALEJANDRO ÑIGO

Seymour Menton (1993, 43), uno de los teóricos más reconocidos de la nueva novela histórica, apunta que los protagonistas de estas obras suelen ser los personajes históricos más destacados, aquellos que ya han sido canonizados por la historia oficial y convertidos en iconos. Emiliano Zapata Salazar, conocido como el Caudillo del Sur, es justamente uno de los principales personajes históricos de México. El nombre de este mexicano ilustre despierta una serie de asociaciones, hoy en día principalmente positivas. Se le conoce como el héroe-mártir de la Revolución Mexicana, el hombre que estuvo dispuesto a sacrificar su vida por el bienestar de la patria. Zapata entró a formar parte de las filas revolucionarias en el año 1910, expresando su máximo apoyo a Francisco Madero, quien se considera el iniciador de la Revolución Mexicana. Tal como Madero, Zapata se levantó en armas con las ganas de oponerse al régimen dictatorial de Porfirio Díaz, quien gobernó a México por más de treinta años. Zapata y sus seguidores consideraban que con el derrocamiento de Díaz quedarían automáticamente resueltos los problemas del país, especialmente los

problemas que tenían los campesinos mexicanos, así llamados peones¹, con la devolución de las tierras, aguas y montes que les fueron arrebatados paulatinamente por los grandes hacendados. Sin embargo, pronto después del derrocamiento de Díaz, Zapata entró en discordia con Madero, quien rehusó devolver la tierra a los peones, es decir, a manos de aquellos que la trabajaban. Decidido de cumplir con sus ideales, Zapata rompió el pacto que tenía con Madero y formuló su propio programa revolucionario: «Plan de Ayala» que contenía 15 puntos. En este programa, además de acusar a Madero de traicionar la causa revolucionaria, Emiliano Zapata (2019, 180) demandó la expropiación de los bienes de los caciques y hacendados y la restitución de los «terrenos, montes y aguas a los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados, por la mala fe de nuestros opresores». Su sueño con dirigir la causa del agrarismo y levantar oleadas de fuego redentor por todos los rincones del país, para que los pueblos recuperaran el derecho a las tierras que tradicionalmente les pertenecían, duró hasta su muerte. Como la mayoría de los líderes revolucionarios, Zapata fue víctima de una conspiración. El general del Ejército Libertador del Sur fue asesinado en el año 1919 en una emboscada organizada por Jesús Guajardo, uno de los jefes carrancistas. Sin embargo, después del asesinato de así llamado Caudillo del Sur, en breve paso empezaron a surgir varios rumores que ponían en duda su muerte.

Tras el asesinato de Emiliano Zapata, su cuerpo fue exhibido por cerca de 48 horas en la ciudad de Cuautla con la intención, señala Vargas Santiago (2020, 24), de que tanto sus seguidores, como sus enemigos se presenciaran de primera mano que el líder de la revolución suriana había muerto. A pesar de eso, para una parte de los testigos presenciales, el cadáver inerte no era de Zapata. Aquellos que lo conocían afirmaban que al cuerpo sanguinolento «le faltaba un lunar en forma de manita, o que tenía los dedos completos (mientras que a Zapata le faltaba una falange del meñique que perdió al lazar en una suerte charra), o que no tenía la cicatriz de una vieja cornada, o que estaba muy gordo...» (Rueda Smithers 2020, 43). Eso los llevó a concluir que el verdadero Zapata no fue asesinado, sino que el muerto era un doble suyo. El Caudillo del Sur, decía la gente, no murió en Chinameca, huyó a las montañas poco accesibles de las que bajaría cuando su pueblo más lo necesitara. Inspirándose justamente en estos rumores, Alejandro Iñigo ficcionaliza a este revolucionario con la intención de construir una versión alternativa y antiheroica de su vida que contradice la oficial. Basándose en la pregunta proveniente del *Textes pour rien* de Samuel Beckett: «¿Dónde iría yo si pudiera hablar, qué sería yo si pudiera ser, qué diría yo si tuviese voz: Quién habla así llamándose yo?» (Iñigo 1979), este escritor mexicano le otorga la voz a Emiliano Zapata y les ofrece a los lectores la posibilidad de seguir su viaje por el México posrevolucionario.

A partir del título de la novela *Emiliano*, que fue publicada en el centenario del nacimiento de Zapata, se puede concluir que Iñigo en el centro de su atención pone al hombre y no al héroe-mártir famoso por las proezas que hizo para defender la propiedad de la tierra. De acuerdo con las intenciones de los escritores de la nueva novela histórica, Iñigo cuenta el otro lado de la historia, el lado humano de los héroes divinizados, revelando sus miedos, dudas, angustias. Su objetivo fue escribir una versión de la historia personal de un hombre que se llamaba Emiliano, quitándole la difícil carga que le suponía apellidarse

¹ Nos referimos a los peones acasillados, quienes, según el *Diccionario del español de México* (sin fecha), vivían «en la hacienda de sus patrones en condiciones inhumanas, con poco alimento y descanso, cumpliendo jornadas de hasta dieciséis horas de labor y recibiendo como pago un vale que sólo podían canjear en la tienda de raya propiedad de su patrón.»

Zapata. En otras palabras, el viaje que en la novela de Alejandro Iñigo emprende Emiliano después de su muerte fingida, hace posible pensar en lo que hay detrás del líder campesino, del héroe nacional o del macho prototípico de la Revolución Mexicana. Al mismo tiempo, al protagonista de la novela de Iñigo, esto le posibilita evidenciar el fracaso de los ideales revolucionarios y analizar los motivos que contribuyeron al fracaso de la Revolución Mexicana, pero no desde la perspectiva del líder revolucionario, sino de un hombre viejo, arruinado, desdichado y traicionado por sus antiguos aliados y miembros de su propia familia.

2.1. La huida de Morelos y el viaje utópico de Emiliano Zapata a Xalpatlepec

La acción en la novela *Emiliano* arranca en el año 1919, unos pocos días antes del supuesto asesinato de Emiliano Zapata. Al principio de la obra, Alejandro Iñigo, de acuerdo con la intención de revelar el lado antiheroico y humano de uno de los revolucionarios más destacados, describe a un Zapata angustiado, preocupado y miedoso. El revolucionario suriano se siente débil, cansado y agotado por las incesantes luchas. El protagonista de la obra demuestra un comportamiento completamente opuesto a aquello que se podría esperar de un héroe, teniendo en cuenta que unas de las características principales de los héroes son la intrepidez y la invencibilidad. En vez de sentirse valiente, invencible e indomable, Emiliano paulatinamente se queda sin fuerzas para continuar la lucha. Se había quedado sin aliados, muchos de ellos lo traicionaron, a otros los mataron y al mismo tiempo se quedaba sin recursos necesarios para defenderse de los ataques armados. La única salida posible de la situación desdichada en la que se encontraba sería, dice Emiliano, rendirse (Iñigo 1979, 17). Sin embargo, aunque la rendición pudiera parecer la solución más fácil y más lógica, ésta no era una opción para el revolucionario que no quería defraudar a su pueblo.

Durante su vida, Emiliano había ganado el respeto de sus compatriotas, que tenían de él una imagen de héroe cabal y honrado que siempre debía estar firme. Por lo tanto, la rendición sí que salvaría tanto su vida como la vida de sus paisanos, pero sería un acto de cobardía que influiría negativamente en la imagen heroica que Zapata estaba construyendo de sí mismo desde que se unió a las filas revolucionarias. Además de lo mencionado, ya que sus ancestros eran ilustres y famosos por su «defensa de los derechos y autonomía locales en momentos clave como las luchas de Independencia, Intervención francesa y República restaurada, y más recientemente durante el Porfiriato» (Vargas Santiago 2020, 9), la rendición podría manchar la imagen familiar de los Zapata. Por eso, había que encontrar una solución digna de un héroe y ésta consistía en su muerte. Como se dice en la novela, Emiliano «sabe que se ha convertido en un estorbo. Mientras esté vivo no habrá posibilidades de negociar con el enemigo. O se muere él o se mueren todos, incluyendo a las mujeres y a los niños de Morelos» (Iñigo 1979, 38). Su muerte, por lo tanto, representaría la oportunidad para acabar con las luchas sanguíneas. Muerto Zapata, constata Iñigo (1979, 18), los campesinos podrían «entregar sus armas y volver a cultivar los campos y reconstruir los pueblos». A partir de lo mencionado, se puede sacar la conclusión de que los peones luchaban solamente porque respetaban a su general y porque sabían que él esperaba de ellos que defendieran sus derechos digna y honradamente. A la vez, se nota que los adversarios de Zapata tenían la intención de aniquilar a toda la población de Morelos, solamente por el odio que sentían hacia el Caudillo de Sur, dado que éste pudiera poner en peligro su posición política y privarlos del poder. Por este motivo Zapata, en la novela de Iñigo, toma la decisión de sacrificarse, pero sólo simbólicamente.

En el apartado anterior hemos mencionado que después del asesinato de Zapata empezaron a correr varios rumores, según los cuales en la finca en Chinameca no murió el

líder del Ejército Libertador del Sur, sino su doble. En la novela *Emiliano*, después de reflexionar sobre la situación miserable en la que se encontraba él mismo y su pueblo, Zapata decide que en vez de él muera, justamente, su doble. Éste se llamaba Marcial Trejo y era un hombre a quien Emiliano le había perdonado la vida cuando lo capturaron con uno de los generales federales que luchaba contra las fuerzas revolucionarias, de modo que se la debía. Esta deuda Trejo la iba a pagar acudiendo a la cita con la muerte, en vez de Zapata. La decisión tomada por Emiliano podría interpretarse como un acto de cobardía, pero solamente si analizamos a su personaje en términos de un héroe revolucionario. Sin embargo, si se le quita el disfraz heroico, tal como lo hace Iñigo, este revolucionario termina siendo un mero ser humano que, asustado por su propia y la vida de sus paisanos, intenta salvarla. Adscribiendo el susto a una figura tradicionalmente descrita como valiente y viril, el autor parodia su imagen heroica con la intención de hacerlo más familiar puesto que, tal como destaca Ainsa (1991, 30), «la deconstrucción paródica rehumaniza personajes históricos a los que se había transformado en ‘hombres de mármol’».

Según la versión de los acontecimientos descritos en la novela de Iñigo, Emiliano Zapata logró evitar su muerte cambiando la identidad con Marcial Trejo. Por lo tanto, en el año 1919, murió el símbolo, mientras que el hombre sobrevivió, o, en palabras de Emiliano, «no fue el hombre de huesos rellenos de carne lo que mataron. Fue un nombre, una causa, un ideal» (Iñigo 1979, 83). El hombre que sobrevivió cambia tanto su nombre, como su completo aspecto físico, removiendo todos los símbolos que le hacían fácilmente reconocible: se afeita los bigotes, cambia su rico traje charro por una simple ropa indígena y se encamina hacia Xalpatlepec, un pueblo situado en las montañas mexicanas de difícil acceso. Durante el viaje a este territorio completamente nuevo y desconocido para él, en la mente de Emiliano resuenan las palabras de su amigo: «Para bien o para mal, tú ya no eres tú. Ya no existes. Eres como un niño recién nacido, al que te acaban de poner Marcial por nombre. Y así serás para siempre.» (Iñigo 1979, 94). Al revolucionario de antaño esta nueva identidad le permitirá empezar su vida de nuevo, liberado del yugo del líder invencible que tenía que estar siempre a la altura de las expectativas de otros. En un exilio voluntario, Emiliano, de Alejandro Iñigo, por fin tendrá tiempo suficiente para explorar las facetas desconocidas del terreno empinado de Xalpatlepec y de su propio ser. Dado el ritmo ajetreado de la vida que llevó durante la Revolución Mexicana, este tipo de viaje, tanto físico, como introspectivo, le resultaba imposible antes de la muerte fingida.

Iñigo describe Xalpatlepec como un pueblo habitado por los indígenas tlapanecos quienes «vestían de andrajos, andaban descalzos y tenían el pelo largo. La población no llegaba a trescientos habitantes. No había extraños en la comunidad, salvo Emiliano a partir de aquel momento y quien poco a poco se iría integrando.» (Iñigo 1979, 97). El origen de este pueblo se desconocía, nadie sabía por qué los indígenas llegaron ahí y para qué. Además de eso, se añade que hasta allá no alcanzaron a llegar las haciendas y «donde no hay haciendas, los pueblos deben ser muy felices». Los tlapanecos, dice Iñigo (1979, 112), «no tenían tierras por qué pelear pues todo era suyo. No había cacique, pues vivían tan miserablemente que nada había que robarles. Tampoco sufrían, en el sentido que del sufrimiento tenía Emiliano, porque sus satisfactores eran mínimos.» Teniendo en cuenta que en Xalpatlepec reinaba el amor, la igualdad y la libertad y dado que los tlapanecos desconocían la propiedad privada, se podría decir que la gente vivía en estado ideal o utópico, propio de la Edad de Oro.

Según dice Hernández de la Fuente (2006, 2), el nombre de la Edad de Oro «evoca el paraíso en la tierra». Esta edad, añade el mismo autor, «se caracteriza por la falta de dolor,

penas y conflictos» (Hernández de la Fuente 2006, 2). En la Edad de Oro, tal como aparece descrito en las *Metamorfosis* de Ovidio, «se ignoraban el castigo y el miedo, y no se veían grabadas en público, para ser leídas, palabras amenazadoras, y la multitud suplicante no temblaba ante la presencia de su juez, sino que estaban seguros sin defensor» (Antelo 1975, 94). El sueño acerca de la Edad de Oro «puede proceder de un sentirse perdido en el presente, en cuyo caso la edad de oro adquiere la forma de una época primitiva de esplendor o un paraíso original» (según Antelo 1975, 82). Emiliano huye a Xalpatlepec, precisamente, porque se sentía perdido en el presente marcado por malicia, soberbia, codicia y ambición desenfrenadas. La insatisfacción, el sufrimiento, la angustia y la pérdida del sentido de la vida impulsaron a Emiliano a buscar nuevos horizontes. Dejando Morelos, el revolucionario sale de los problemas diarios y huye de la muerte, la guerra y la discordia, para encontrar refugio en un espacio utópico de concordia social, de orden y de armonía.

Las costumbres y el modo de vivir de los tlapanecos rompen la escala de valores hasta entonces conocida por Zapata. Llegando a un mundo «de antes de antes, de los tiempos muy detrás de los baños de Moctezuma» (Iñigo 1979, 98), Emiliano se ve obligado a expandir sus horizontes, abrirse a lo desconocido, lo extraño y todo aquello que estaba disconforme con su punto de vista. El encuentro con el otro o con lo desconocido echa una nueva luz sobre el Caudillo del Sur. Zapata frecuentemente suele ser descrito como huraño, reservado, solitario y desconfiado. En las relaciones sobre su vida se dice que, por tener el miedo de la traición, Zapata solía pasar su tiempo solo, aislado del resto del mundo. Una de las características que se le adscribe es el hermetismo, tan propio de los mexicanos, quienes, según las palabras de Paz (1998, 10), se encierran en sí mismos por considerar peligroso al medio que los rodea. En la novela *Emiliano*, el cambio del entorno conlleva a la transformación de este líder revolucionario, quien, estableciendo el contacto con los tlapanecos y aprendiendo de ellos, paulatinamente, llega a integrarse en la nueva comunidad: «Aprendió cómo los indios de Xalpatlepec lloraban para dentro. Ya era uno de ellos. Hasta el castilla se le iba olvidando, nomás de no hablarlo.» (Iñigo 1979, 135). El cambio experimentado por Emiliano es una muestra de que Alejandro Iñigo, como otros tantos escritores de la nueva novela histórica, tiende a demostrar que los renombrados personajes históricos se igualan al hombre ordinario por poseer la naturaleza ambigua que varía dependiendo del entorno social. En ese sentido apuntamos a la opinión de Bobadilla Encinas (2013, 54), quien considera que la ambigüedad es una de las características más propias de los protagonistas de la nueva novela histórica, aclarando que las conductas del hombre «son resultado /.../ de la transformación perenne del Ser Humano en las relaciones que establece con las otras entidades vivas con las que interactúa, sean los demás hombres, la historia o la cultura».

Xalpatlepec, para Emiliano, pronto se convirtió en sinónimo de armonía y sosiego. Dado que para los tlapanecos resultaba ser un perfecto desconocido, de quien no esperaban nada, en este lugar Emiliano encontró todo aquello de lo que fue privado mientras participaba en las luchas revolucionarias: amigos, comprensión, paz, tranquilidad. Puesto que a esta gente «nada había que devolver, porque nada les había quitado, ni nada había que quitarles, salvo el aire de la montaña» (Iñigo 1979, 98), la revolución, el Plan de Ayala y todas las ideas expuestas en el mismo, tales como el devolver las tierras y las aguas a los pueblos, carecían del sentido. Por lo tanto, el viaje a Xalpatlepec supone para Emiliano regreso a la vida que llevaba antes del estallido de la revolución. Era esa una vida simple y despreocupada. Colaborando con los tlapanecos, Zapata se dedica a trabajar la tierra, sembrar frutas y verduras, tejer sombreros de palma y dialogar consigo mismo. De esa manera, en un lugar casi mítico, sin calendarios y

relojes, rodeado de silencio y respeto mutuo, el protagonista de la novela de Alejandro Iñigo encuentra el ambiente idóneo para emprender su viaje cognitivo.

Iñigo (1979, 149) dice que en Xalpatlepec, todas las noches al acostarse, Emiliano solía leer por lo menos una página de sus recuerdos, reflexionar sobre su vida pasada y volverse hacia sí. Recordaba su relación turbulenta con Francisco Madero y otros líderes revolucionarios, así como las traiciones hechas por los mismos. Se cuestionaba especialmente el sentido de la revolución y el lugar que le pertenecía a él en este movimiento armado, para llegar a concluir que la Revolución Mexicana fue ideada por los «científicos», es decir, por la gente letrada (Iñigo 1979, 157). Entre ellos destaca, por ejemplo, Antonio Díaz Soto y Gama, un hombre de ciudad, ampulosamente urbano, que leía a Tolstoi y a Kropotkin y solía discutir sobre las nuevas corrientes filosóficas, de modo que no podía adentrarse en la esencia de la rebelión campesina, ni comprender los motivos por los cuales luchaba Emiliano Zapata (Iñigo 1979, 76). Ya que la revolución no era ni suyo, ni el patrimonio de sus seguidores – los peones o el pueblo en sentido general – este proyecto, que antes le parecía ser bien conocido, ahora se revelaba muy lejano, ajeno y casi indescifrable.

El cuestionamiento y la reflexión de Emiliano sobre el pasado inmediato llegan a ser bruscamente interrumpidos por la desgracia que sacudió el pueblo cuando los niños, abruptamente, comenzaron a enfermar y a morir uno tras otro. Según los síntomas de la enfermedad, a Emiliano le quedó claro que era una epidemia de tifo, dado que esta misma enfermedad, según los datos históricos, asoló Zacatecas entre los años 1915 y 1917, en plena revolución. La enfermedad trastornará la armonía en que vivían Emiliano y el resto de los tlapanecos confirmando que la utopía no es nada más que un estado, cuya existencia es improbable.

A pesar de recorrer cinco días y noches con los pies destrozados a través de las montañas en busca de un médico, Emiliano fracasa al intentar salvar a los niños enfermos de tifo. Todos sus esfuerzos fueron en vano dado que los médicos llegaron tarde, cuando todos los niños estaban muertos. La muerte de los niños simboliza la pérdida de la esperanza de un futuro mejor para los mexicanos que, a lo largo de su historia, se vieron condenados a padecer varias enfermedades, tanto en sentido literal, como metafórico (Stevanović 2022, 159). Las enfermedades metafóricas: los sistemas dictatoriales, autoritarios, hegemónicos, cacicazgos causarán una terrible mortandad y desolación a lo largo del siglo XX. El protagonista de la novela *Emiliano* será su testigo de vista dado que, después del fallecimiento de los niños, decide emprender un nuevo viaje y volver al punto de partida, a su natal Morelos, «como un fantasma que regresa silencioso a ver la podrida sogá en el árbol donde fue colgado» (Iñigo 1979, 191). Esta decisión suya no fue causada solamente por la desgracia acacida a los tlapanecos y su imposibilidad de ayudarles, sino también por la vida monótona, apática e indiferente que llevaban los indígenas y que, tarde o temprano, tuvo que aburrir al viejo revolucionario ansioso por ver los frutos de la Revolución Mexicana con sus propios ojos.

2.2. La vuelta de Emiliano a Morelos y el fracaso de los ideales revolucionarios

En una carta dirigida a uno de sus compadres más cercanos, Emiliano explica los motivos de su regreso a Morelos, diciendo que no ha regresado para luchar, porque ya no tenía fuerzas, «pero sí para ver en lo que se ha convertido nuestra revolución y cómo nuestros compañeros traicionaron la causa y ahora se han vuelto igual a aquellos contra los que peleamos.» (Iñigo 1979, 235). Gracias a la experiencia adquirida durante el tiempo transcurrido entre los indios Emiliano, el revolucionario ya aindiado, puede vislumbrar a

sus compatriotas y su tierra natal desde la perspectiva de un extranjero, cuya mirada es imparcial y libre de prejuicios. Por esto, a diferencia de otros líderes revolucionarios que sobrevivieron las luchas armadas y que idealizaban los resultados de la Revolución Mexicana, con el objetivo de demostrar su propio mérito, Emiliano, como un hombre ordinario que no tiene nada que perder ni ganar, puede desmentir la representación idealizada de la causa revolucionaria y exponer su lado más amargo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que él es un observador cuyo objetivo no es entrometerse en los asuntos del país, sino examinar las consecuencias de sus propias decisiones y afrontarlas.

Como ya hemos mencionado antes, Zapata tomó la decisión de fingir su propia muerte porque estaba convencido de que se había convertido en un estorbo para su pueblo, de modo que la revolución sería mejor dirigida por sus sucesores y herederos. El Caudillo del Sur había depositado todas sus esperanzas de mejoramiento de la posición del campesinado en su único hijo legítimo, Nicolás, creyendo que éste sabría «llevar adelante la lucha, dando la vida si es necesario por los mismos ideales por los que luchó su padre» y por los que, simbólicamente, dio su vida cambiando «la tranquilidad de un hombre en su trabajo del campo y en su hogar, por ir a darse en la madre a balazos por una causa» (Iñigo 1979, 84). Sin embargo, al llegar a Morelos, el revolucionario de antaño se da cuenta de que no solamente sus compatriotas, aliados y secretarios traicionaron sus ideales, sino incluso su propio hijo. Iñigo (1979, 167) describe cómo, en vez de ayudar a los campesinos desposeídos de sus derechos a la tierra que tradicionalmente les pertenecía, Nicolás se aprovecha del renombre de su padre para enriquecerse: «Nicolás, el hijo mayor de Emiliano, el reconocido oficialmente, usó, utilizó, capitalizó su posición de primogénito. Desde muy joven fue invitado a ocupar cargos de representación, primero en Anenecuilco y después en toda región. /.../ Aprovechó las relaciones que estableció con su presencia en los actos cívicos. Se ubicaba con políticos y funcionarios estatales y federales. El solo apellido se había convertido para él en una llavecita mágica abridora de puertas y antesalas.» Iñigo (1979, 168) prosigue con la descripción diciendo que el hijo de Emiliano Zapata agrandaba el pedazo de tierra de su padre con las pequeñas fracciones que pertenecían a las viudas desamparadas, cuyos hombres habían caído en la lucha al lado de su padre, para concluir que el heredero del revolucionario suriano, junto con sus primos, compadres y antiguos aliados estaba capitalizando y comercializando el apellido, la imagen y la memoria del caudillo. Dado que llega a Morelos el mismo día del aniversario de su muerte, Emiliano, en la novela de Iñigo, se entera de primera mano de la distancia abismal que separaba sus ideales y las ambiciones de sus más cercanos.

Alejandro Iñigo (1979, 161) argumenta que los aniversarios de la muerte de Emiliano Zapata se celebran porque «es importante para el gobierno que el pueblo tenga fe en algo, en cualquier cosa, sea Dios, hombre o un ideal. Cuando esa fe se acaba entonces se presentan estallidos sociales. Si a Zapata lo mantienen vivo en la fe del pueblo, ese pueblo esperará pacientemente a que se le haga justicia». A este respecto, indicamos que, por el caos, la desolación, el desorden general y un desconcierto total que reinaba en el país después de la muerte de Zapata y tras la Revolución Mexicana, el régimen posrevolucionario se vio obligado a formular una versión oficial de los acontecimientos revolucionarios que pudiera mantener a la gente tranquila. Puesto que había que suscitar esperanza en la gente, durante los años treinta del siglo pasado surge, señala Reséndiz García (2005, 140), «la interpretación oficial de una revolución que trasciende el periodo armado y que, convertida en gobierno, se despliega de manera incesante hacia el futuro». En otras palabras, los regímenes posrevolucionarios buscaron presentar este acontecimiento como un proyecto en perpetua construcción. La Revolución Mexicana, según la versión oficial, logró refundar el orden social y político, pero el

verdadero renacimiento estaba aún por llegar. Reséndiz García (2005, 147) también destaca que los gobiernos posrevolucionarios se sirvieron de algo que se llama *la teoría del goteo* que «consiste en que las masas populares tendrán que esperar los beneficios en tanto el país se desarrolla y logra consolidar una base material para el cambio social». Por lo tanto, al mantener la memoria de Emiliano Zapata, los regímenes posrevolucionarios mantenían la fe del pueblo en la realización de los ideales que defendía este revolucionario como uno de los miembros del proyecto revolucionario y, por ende, la paz. De ahí que Emiliano, en la novela de Alejandro Iñigo, considerara que la lucha armada que encabezaba se había convertido en puro papelero de promesas y discursos de burla.

Manteniéndose aparte, Emiliano observa a la gente reunida en el aniversario de su muerte y logra descifrar a los culpables del desastre de los ideales revolucionarios. Estos eran todos aquellos que, por desear hacerse ricos, olvidaron la desesperanza de los pobres por la que decidieron tomar armas. Entre ellos estaban su hijo, los líderes de la Confederación Nacional Campesina y del Partido Nacional Agrarista, junto con los ministros y secretarios cardenistas. Escuchando el murmullo de la gente reunida, Emiliano llega a concluir que fueron ellos quienes expropiaron haciendas a nombre de la revolución y después se quedaron con ellas para su propio beneficio. Deseosos del poder y de la riqueza, los antiguos aliados de Zapata se convirtieron en los explotadores de quienes decían redimir. Mientras tanto, los campesinos quedaron nuevamente estancados en lo que eran antes del movimiento: «fuerza de trabajo explotada, peones acasillados, sin tierra que trabajar y una familia hambrienta» (Iñigo 1979, 152).

Mientras los oradores hablaban de él como padre de la reforma agraria, el hombre que sacrificó su vida para que los campesinos del país disfrutaran de un pedazo de tierra, Emiliano notó en la masa y a una serie de hombres maduros, con medallas prendidas en el pecho, «hombres que en su vida había visto, pero que se decían zapatistas». En cada frase donde se mencionaba su nombre, estos hombres maduros «agitaban pancartas y sombreros en forma mecánica, como si una mano invisible estuviera dirigiendo sus movimientos» (Iñigo 1979, 193). Esta mano invisible a la que Emiliano se refiere es el dinero, considerando que la gente no aplaudía por el amor y el respeto que le infundía el nombre del Caudillo del Sur, sino porque los miembros del gobierno les habían pagado para hacerlo. De aquella situación Emiliano desprende que la gente había pisoteado su dignidad, tal como pisoteaban las cartulinas con su fotografía. Al mismo tiempo comprende que su aureola del insigne caudillo había desvanecido por completo ya que nadie de los reunidos lo reconocía.

Siguiendo el desarrollo de la acción en la novela de Alejandro Iñigo, los lectores siguen la degradación del revolucionario célebre, quien termina hallándose puesto en las situaciones más indignas. Después del aniversario, el ex luchador por la libertad del pueblo oprimido termina encarcelado por la riña que tuvo con los zapatistas. El conflicto entre Emiliano y sus seguidores se dio porque el ex revolucionario, en un estado de ebriedad extrema, se decía haber sido uno de los más grandes generales de la revolución y el autor del Plan de Ayala, es decir, haber sido Zapata. Esta afirmación, para todos los admiradores de Zapata, era inadmisibles. Para todos aquellos que creían que Zapata murió como Jesús Cristo, sacrificando su vida por el bienestar de todos, la posibilidad de que su general hubiese huido representaba una forma de sacrilegio. Sus admiradores consideraban que Zapata jamás hubiera abandonado a su pueblo, simplemente, porque no era ningún cobarde. En el recuerdo del pueblo, él era el mártir de Chinameca, el héroe que, según explica Rueda Smithers (2000), alentado por ideas sublimes y magnánimas, ofreció su sangre, su vida y todo cuanto valía, en aras de las aspiraciones comunes. De ahí, que su afirmación provocara

la ira del pueblo que no permitía que nadie manchara la imagen heroica del líder de la revolución suriana. La vuelta a Morelos, de ese modo, a Emiliano le confirma que en ese momento él ya ocupaba un lugar en la historia, es decir, que era parte del pasado.

Tras salir de la cárcel y experimentar la falta de la libertad, en Emiliano, por un instante, se despiertan las ganas de luchar. De repente sintió que algo desde muy dentro lo empujaba, lo obligaba, lo revitalizaba para volverse firme y vengarse de todos aquellos que se aprovecharon de su imagen y corrompieron sus ideales: «¿Vas a rendirte así nada más? Toda tu vida ha sido una lucha constante. Peleaste contra ejércitos de injusticia. No te rendiste ni siquiera cuando todo estaba perdido. ¿Vas ahora a dejarte morir, así nada más, como un perro viejo y sarnoso? ¿Les vas a dar ese gusto? ¡Anda, Marcial, levántate! /.../ Todo se le puede pasar a un hijo, todo; menos que salpique de mierda a quien le dio la vida, que se cague en las ideas, en los principios por los que su padre entregó su vida. No, eso sí no.» (Iñigo 1979, 218–221) Teniendo en cuenta que Emiliano se dirige a sí mismo empleando la segunda persona del singular y que no logra pronunciar su nombre verdadero, se podría decir que este revolucionario se volvió extraño incluso a sí mismo, de modo que no se ve capacitado para efectuar la venganza (Stevanović 2022, 164). El protagonista de la novela de Alejandro Iñigo sabe lo que debería hacer, pero al mismo tiempo carece de las fuerzas necesarias para poner ideas en acción. Por eso parece como si estuviera esperando que otro interviniera en vez de él, alguien quien tuviera la fuerza como él cuando lideraba el Ejército Libertador del Sur. Puesto que no hay otro doble, Emiliano pronto desiste de luchar, confirmándose como el típico héroe de la nueva novela histórica, que no suele ser triunfador, sino un fracasado. A este respecto, señalamos a la opinión de María Cristina Pons (1999, 154), según la cual los escritores de la nueva novela histórica no intentan representar el lado glorioso de las figuras sacralizadas, sino «el vasto campo de los errores, las traiciones, las derrotas y los fracasos de la historia».

Al no actuar tal como le correspondiera a un héroe, Emiliano se considera a sí mismo el principal culpable de las desgracias de su pueblo y del fracaso de los ideales revolucionarios. Los héroes, considera Emiliano, no huyen como unos cobardes, no abandonan a sus hijos así nomás y tampoco desisten de luchar en los momentos más difíciles (Iñigo 1979, 221). La vuelta a Morelos le enseñó a Emiliano que sus paisanos se morían de hambre porque él hizo que se les entregara la tierra en pedacitos, pero no les enseñó cómo hacerla producir. Al mismo tiempo, los dejó con una serie de ideales escritos sobre trozos de papel, a pesar de saber que su pueblo era analfabeto y que no sabría qué hacer con éstos. El pueblo que luchaba al lado de Emiliano Zapata, así como su familia, seguía ciegamente las ideas formuladas por su líder. Tras su desaparición, la comunidad quedó decapitada, sin una figura que pudiera continuar con su programa político, por lo que no es de extrañar que después de la muerte de Zapata, sea ésta literal o simbólica, sus ideales se desvanecieran (Stevanović 2022, 164).

Avergonzado por haber fracasado en todos los campos, Emiliano novelado por Iñigo decide retirarse y pasar el resto de su vida en completa soledad en un rancho cerca de Xicatlacotla. Viejo, afligido, apenado y miserable, pasa los últimos días de su vida con Adelita, una perra sarnosa y llena de pulgas, corrida y apelada de todas partes, como si fuera fiel reflejo de su amo. Sin embargo, debido a problemas de salud, Emiliano se verá obligado a salir del pueblo y emprender un nuevo viaje, esta vez a la Ciudad de México.

2.3. El último viaje de Emiliano Zapata

Emiliano se va a la Ciudad de México a finales de los años 60 y principios de los 70. Hasta entonces, se percató de lo poco que se había hecho en el Estado de Morelos desde la dictadura de Porfirio Díaz hasta la fecha. Las tierras se repartieron, pero principalmente en montes y

laderas tepetatosas, mientras que los caminos y la electrificación se tendían a las zonas de turismo o que servirían a los ricos agricultores, muchos de ellos políticos o funcionarios públicos en ejercicio. En los años sesenta y setenta del siglo pasado, esta situación provocó un fenómeno sociológico de gran importancia: el éxodo rural. Debido a las condiciones de vida inhumanas en el campo, los campesinos mexicanos acudieron en masa a las ciudades más grandes, principalmente a la Ciudad de México, en busca de trabajos mejor pagados. Sin embargo, dado que no había trabajo para todos, la repentina afluencia de la población rural al medio urbano provocó la aparición de un gran número de mendigos. Su presencia en una ciudad que en este periodo experimentaba el vertiginoso desarrollo económico, gracias a las inversiones de las compañías norteamericanas y el turismo, fue considerada indeseable.

Nada más poner un pie en la capital mexicana, Emiliano, en la novela de Iñigo, atestigua la posición degradada de los campesinos que intentaban escapar de la pobreza, desplazándose a las ciudades, cuando se le acerca un policía diciéndole: «Mira, viejo. Mejor que te vas yendo. Aquí está prohibido pedir limosna. ¿Por qué ese afán de siempre estar molestando a los turistas gringos? ¿No ves que se llevan una mala imagen de nosotros?» (Iñigo 1979, 309). De estas palabras se puede desprender que la limosna que pedían aquellos que eran similares a Emiliano, es decir, los campesinos vestidos con calzones blancos y sombreros de ala ancha. Según la reacción de las autoridades, esta gente manchaba la imagen positiva que los turistas gringos tenían de la Ciudad de México. En la mente de los turistas, esta ciudad representaba un paraíso terrenal, un lugar de felicidad, placer, disfrute, descanso, despreocupación, un espacio idílico bañado por la luz del sol, donde encontraban un refugio temporal de sus propias penas. Por consiguiente, para que la imagen edénica que los turistas tenían de México no estuviera destruida, había que eliminar todo signo de miseria, dolor y sufrimiento. Los mendigos, por lo tanto, tenían que ser expulsados desde el centro hacia las afueras de la ciudad, donde no serían tan visibles. De esa manera, los marginados, por cuya libertad y derechos había luchado Emiliano Zapata, quedan completamente silenciados, desprestigiados y desestimados (Stevanović 2022, 165). Para Emiliano, esta actitud hacia los estratos sociales más bajos es una clara señal del desastre de los ideales que alguna vez defendió. Además de eso, gracias al viaje a la capital mexicana, Zapata llega a conocer que los marginados y desposeídos, por los que tomó las armas, siguen viviendo en extrema pobreza, sirviendo, ya no a los terratenientes, sino a los dueños de las compañías norteamericanas, quienes representan los nuevos colonizadores de México. Consciente de la posición desfavorable de los marginados y de la imposibilidad de ayudarles, Emiliano decide emprender su último viaje, regresar al punto de partida y cerrar el círculo de su vida.

A su regreso a Morelos, Emiliano recibe la noticia de que la perra Adelita, su única amiga, compañera e interlocutora, había contraído la rabia. Consideramos que el estado de la perra, metafóricamente, refleja el estado en el que se encontraba Emiliano después de visitar la Ciudad de México, su fatiga, dolor y rabia. A pesar de estar al tanto de la condición del animal, Zapata decide acercarse, confiado en que reconocerá su olor, y que no lo lastimará. Sin embargo, la perra se le echará encima de mordidas olvidándose que él es su señor y el único que la defendía de los ataques de otros perros. Emiliano, por su parte, se entrega a los mordiscos agresivos sin ofrecer ningún tipo de resistencia. Rindiéndose voluntariamente a las fauces de Adelita, el revolucionario a quien todos ningunearon, acepta el castigo por abandonar a su pueblo que terminó por convertirse «en un pueblo de miserables que ya se acostumbró a vivir de las migas que les arrojan desde arriba» (Iñigo 1979, 343). Emiliano, agonizando, lamenta no haber sido asesinado en el año 1919 y haber vivido lo suficiente para ver cómo a su pueblo le echan «pedazos de tortilla para que el hambre no se convierta en rabia y

desesperación» (Iñigo 1979, 343). Después de evidenciar su derrota, el ex revolucionario llega al final del camino y muere tal como lo había anticipado antes: como un perro viejo y sarnoso, solo, abandonado y vencido por la carga de culpa que sentía por el malestar de su pueblo. Esta muerte amarga, dolorosa y antiheroica es propia de los héroes de la nueva novela histórica.

3. CONCLUSIONES

Describiendo el destino lamentable de uno de los revolucionarios mexicanos más emblemáticos, que muere humillado y decepcionado, Alejandro Iñigo les permite a los lectores adentrarse en la intrahistoria mexicana, analizar los errores que fueron cometidos en el pasado y considerar posibles modos de mejoramiento en el futuro. Al mismo tiempo, este autor revela que a Zapata no lo mataron sus enemigos, sino su propio pueblo, traicionando los ideales principales que este revolucionario defendía. Justamente por este motivo, Iñigo le otorga el nombre de Adelita a la perra que mata a su dueño. Las adelitas eran «las mujeres que participaron en la Revolución mexicana, fuera en los contingentes militares de los distintos grupos revolucionarios como soldados, cocineras, enfermeras o ayudantes» (Grill 2012, 54). Estas mujeres acompañaban a los líderes y servían fielmente a la empresa revolucionaria. Sin embargo, en la novela de Iñigo, queda de manifiesto que los fieles acompañantes de antaño se volvieron en enemigos en el periodo posrevolucionario. Viajando por el México posrevolucionario, Emiliano llegó a cerciorarse que sus compatriotas ignoraron completamente el hecho de que el líder de la revolución suriana luchaba no solamente por su derecho a la tierra, sino principalmente por su derecho a la libertad, del que nadie debería ser privado.

El conocimiento que adquiere Emiliano a lo largo de sus viajes podría compararse con aquel que adquiere Cristo en la «Leyenda del Gran Inquisidor», una historia intercalada en la novela *Los hermanos Karamázov* de Fiódor Dostoyevski. El objetivo que tenía Emiliano era igual que el objetivo de Cristo: salvar a su pueblo y dotarlo de libertad. Sin embargo, como revela el Gran Inquisidor en la novela de Dostoyevski (2006, 353–355), para el hombre y para la sociedad humana no hay nada más insoportable de la libertad «a la cual temen y que les da miedo [...] No hay preocupación más ininterrumpida y torturadora para el hombre que, después de quedar libre, buscar cuanto antes aquello ante lo cual inclinarse.» En vez de continuar la lucha por la libertad empezada por Emiliano, el pueblo mexicano optó por someterse a aquellos que les aseguraban migas de pan nuestro de cada día, bajo la condición de la obediencia absoluta. Al mismo tiempo, Emiliano, novelado por Iñigo, se entera de que sus compatriotas, en vez de independizarse, prefirieron renunciar de responsabilidad y seguir ciegamente a los nuevos líderes, cualquiera que sea su tipo de gobierno e ideario. En este sentido, otra vez apuntamos a las palabras del escritor ruso, quien, en la leyenda ya mencionada, destaca que los hombres se sienten congratulados cuando se ven conducidos como un rebaño y libres de la obligación de decidir su propio destino (Dostoyevski 2006, 359). Emiliano había puesto toda su confianza en la madurez intelectual de su pueblo. Sin embargo, olvidó que la carga de la libertad suele ser demasiado pesada para los débiles seres humanos, cuyo problema principal radica en la falta de voluntad. Además de eso, Iñigo demuestra que uno de los males que aquejan México por siglos es su ansia de milagro. Los mexicanos aceptaron la muerte de Zapata solamente porque lo igualaron con un mesías que tarde o temprano tendría que resucitar y liberar a su pueblo de las desgracias. Mientras tanto, su papel consistía en esperar pasivamente y tener fe perenne en un ideal que no puede y no debe estar sujeto a confirmación. A este mismo mal apunta Dostoyevski (2006, 357) en la «Leyenda del Gran Inquisidor», destacando que lo padecen todos los seres

humanos. En la novela de Alejandro Iñigo este conocimiento resultará desastroso para Emiliano Zapata, quien ante la imposibilidad de cambiar la situación y cumplir con su misión libertadora, cae rendido.

BIBLIOGRAFÍA

- Aínsa, Fernando. 1991. «La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana.» *Cuadernos Americanos* 28: 13–31.
- Antelo, Antonio. 1975. «El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XV.» *Thesaurus: Boletín del instituto Caro y Cuervo* 1: 81–112.
- Bartra, Roger. 2013. *Oficio mexicano*. México: Penguin Random House.
- Bobadilla Encinas, Geraldo. 2013. «Ruptura y continuidad de la novela histórica contemporánea en la tradición narrativa mexicana e hispanoamericana.» *Revista de El Colegio de San Luis* 6: 44–61.
- Diccionario del español de México*. sin fecha. «Peón.» Consultado el 20 de agosto de 2023. <https://dem.colmex.mx/Ver/peon>
- Dostoyevski, Fiódor. 2006. *Los hermanos Karamázov*. Traducido por Omar Lobos. Buenos Aires: Colihue.
- Grill, Daniel G. 2012. «Las soldaderas.» *Revista Melibea* 6: 51–60.
- Hernández de la Fuente, David. 2006. «La Edad de Oro como utopía dionisiaca: de Hesíodo y Platón a su recepción en el imaginario clásico.» En *“Res Publica Litterarum”. Documentos de trabajo del Grupo de Investigación ‘Nomos’. Suplemento Monográfico Utopía*, editado por Francisco Lisi Bereterbide, 1–26. Madrid: Universidad Carlos III.
- Iñigo, Alejandro. 1979. *Emiliano*. México: Editorial Grijalbo.
- Luesakul, Pasuree. 2012. «La visión de “los otros”: mujer, historia y poder en la narrativa de María Rosa Lojo.» Tesis de doctorado, Universidad de Salamanca.
- Menton, Seymour. 1993. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979–1992*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Parra Sánchez, Diego Ernesto. 2019. «El neopolicial de Paco Ignacio Taibo II: análisis narratológico e histórico-crítico de la saga Belascoarán Shayne (1976-2005).» Tesis de Doctorado, Universidad del País Vasco.
- Paz, Octavio. 1998. *El laberinto de la soledad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, S.L.
- Pons, María Cristina. 1999. «La novela histórica de fin del siglo XX: de inflexión literaria y gesto histórico, a retórica de consumo.» *Perfiles Latinoamericanos* 15: 139–169.
- Reséndiz García, Ramón. 2005. «Del nacimiento y muerte del mito político llamado Revolución Mexicana: tensiones y transformaciones del régimen político, 1914-1994.» *Estudios Sociológicos* 67: 139–183.
- Rueda Smithers, Salvador. 2000. «Emiliano Zapata, entre la historia y el mito.» En *El héroe entre el mito y la historia*, editado por Federico Navarrete Linares, Guilhem Olivier. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rueda Smithers, Salvador. 2020. «El siglo de Emiliano Zapata.» En *Zapata después de Zapata*, editado por Evelyn Useda Miranda, Tabaré Azcona Muñoz, Luis Vargas Santiago, 42–66. México: FCE, INBAL.
- Stevanović, Svetlana. 2022. «Demitologizacija slike Emilijana Sapate u romanima sa temom Meksičke revolucije.» Doktorska disertacija, Univerzitet u Kragujevcu.
- Thoreau, Henry David. 2016. “Walking.” In *The Making of the American Essay*, edited by John D’Agata, 167–95. Minneapolis: Graywolf Press.
- Vargas Santiago, Luis. 2020. «Imágenes que vuelven.» En *Zapata después de Zapata*, editado por Evelyn Useda Miranda, Tabaré Azcona Muñoz, Luis Vargas Santiago, 8–42. México: FCE, INBAL.
- Zapata, Emiliano. 2019. «Plan de Ayala» En *Emiliano Zapata. Antología*, editado por Laura Espejel, Alicia Olivera, Salvador Rueda, 177–183. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

POSTREVOLUCIONARNO PUTOVANJE EMILIJANA SAPATE U ROMANU *EMILIJANO ALEHANDRA INJIGA*

U radu se bavimo spoznajnim i fizičkim putovanjem Emilijana Sapate, jednog od vođa Meksičke revolucije, u romanu Emilijano Alehandra Injiga. Pokazujemo da se Injigo služi tehnikama novog istorijskog romana i ispisuje alternativnu verziju Sapatinož života pozivajući se na glasine prema kojima ovaj revolucionar nije stradao 1919. godine, već je promenio identitet i pobjegao u meksičke planine nastanivši se u jednom indijanskom plemenu. Međutim, nakon nekoliko godina, Sapata odlučuje da se vrati u rodni Morelos. Vreme provedeno među Indijancima omogućilo mu je da revolucionarne ishode razmotri iz perspektive stranca čiji je pogled nepristrasan. Nakon povratka, Sapata se suočava se sa propašću revolucionarnih ideala koje su izdali njegovi nekadašnji sledbenici. Umesto da pomognu seljacima, Sapatini naslednici iskoristili su njegovo ime kako bi se domogli moći i bogatstva. Razočaran i izdat, Sapata kreće na novo putovanje, u Meksiko Siti. Ovo putovanje dokazaće mu da se položaj marginalizovanih nije poboljšao. Svestan da njegovi revolucionarni naponi nisu urodili plodom, Sapata se vraća u Morelos gde umire poražen spoznajom da nije uspeo da pomogne obespravljenoj delu Meksikanaca. Saznanje o nezavidnom položaju meksičkih bezemljaša do kog je došao tokom putovanja uzrokuje njegovu finalnu propast koja na širem planu odražava propast revolucionarnih ideala tokom druge polovine XX veka.

Ključne reči: *Alehandro Injigo, Emilijano, Emilijano Sapata, putovanje, Meksiko.*

EMILIANO ZAPATA'S POST-REVOLUTIONARY JOURNEY IN ALEJANDRO IÑIGO'S NOVEL *EMILIANO*

This paper deals with the cognitive and physical journey of Emiliano Zapata in the Alejandro Iñigo's novel Emiliano. Iñigo uses the techniques of the new historical novel and writes an alternative version of Zapata's life resorting to the rumours according to which this revolutionary did not die in 1919, but changed his identity and fled to the mountains, settling in an Indian tribe. However, after a few years, Zapata returns to his native Morelos. The experience gained among the indigenous allows him to consider his land from the perspective of a foreigner whose view is impartial. Emiliano is faced with the destruction of revolutionary ideals betrayed by his former followers who, instead of helping the peasants, used his name to gain wealth. Disappointed, Zapata takes a new trip, to Mexico City, which will prove to him that the position of the marginalized has not improved. Aware that his revolutionary efforts have not borne fruit, Zapata returns to Morelos and dies defeated by the guilt that he felt because of the misfortune of his people. The knowledge Emiliano acquired during his journeys about the unenviable position of Mexican peasants led to his complete deterioration that reflects the deterioration of post-revolutionary Mexico.

Key words: *Alejandro Iñigo, Emiliano, Emiliano Zapata, journey, Mexico.*